

"Quiso suceder"
Marco Aurelio

LOS RELATORES

Juana Aucejo
Carmen Babiloni
Melanie Ballesta Ortiz
Pedro Barber
David Bernad Beltrán
Teresa Brocal
Cristina Cabedo Laborda
María Ángeles Chavarría
Alberto Chávez Bernabéu
María José Chordá Valls
Tomás Conde
José Luis Cremades Alcocer
Maribel D'Amato
Rocío de Juan Romero
Felicidad Domínguez, *Faine*
María Ángeles Fernández Giménez
Ana María Floro Sanz
Vicenta Gallego
Patricia García Gómez
Antoni Gimeno
Dolores Herranz
Ángel Latorre Latorre
Amparo López Marzal
Sergio Jesús Martín Calzadilla

María Isabel Martínez Díaz
Juan Antonio Martínez
José Ramón Martínez García
Gema Murillo Francés
Manuel Nebot
Juan Carlos Núñez Mateo
Azahara Olmeda Erena
Mar Olmedo Violero
Pedro Paradís
Rosario Raro
Lidia Renuncio
Verónica Segoviano Marinas
Matilde Selva
Enric Serra i Prades
Pura Simón
Manuel Tamarit Marí
Marcial Terrádez Gurrea
Elena Torrejuncillo Roig
Adela Torres Esplá
Rafael Trillo
LEOpoldo J. Trillo-Figueroa
Isabel Ubé Ibáñez
Dori Valero Valero
José Ignacio Vélez Rojas

**Editorial
Hipálage**

Producción editorial: Editorial Hipálage
Director de la colección: José Miguel Desuárez
© De la edición para todo el mundo:
Editorial Hipálage – Telf.: 661095122
Apartado de correos nº 164 - 41640, Osuna (Sevilla) – España-
www.hipalage.com - editorial@hipalage.com

Colabora: Universitat Jaume I
y Ayuntamiento de Castellón

Primera Edición: Junio 2011

- © De los textos: sus autores
© De la ilustración de cubierta: Paula Catão
© De las ilustraciones interiores: Javier Pauner
© De la edición: Juan Luis Bedins, Pasqual Mas y Rosario Raro
© Del prólogo: Verónica Segoviano Marinas

Diseño y maquetación: María José Viñas Díaz
Correctoras: Isabel Ubé Ibáñez, Dori Valero Valero,
Verónica Segoviano Marinas y Rosario Raro.

ISBN 13: 978-84-96919-39-6
Depósito legal: SE-4685-2011 - Unión Europea
Imprime y encuaderna: PUBLIDISA
Printed in Spain - Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

THINK TANK, LABORATORIO DE IDEAS, TALLER DE ESCRITURA

NOTA INFORMATIVA

"El carácter es la mitad del destino" dijo alguien que respondía en vida al nombre de resonancias gastronómicas Raoult G. de la Grasserie. ¿Quién es o quién fue? Al citarlo lo he activado, resucitado porque es inmortal, aparece brevemente como un chispazo. Pero ni siquiera Google sabe nada más de él, sólo que se trata del autor de esta frase, un gesto, rastro o inscripción mínima, comparada su aportación con tetralogías y demás ejemplares ingentes, al menos en volumen, por las que otros son conocidos. Pero si nos adentramos en la Biblioteca Nacional de Francia el descubrimiento es mayúsculo: escribió sobre los eunucos, el federalismo, la representación proporcional de las mayorías y las minorías, un tratado de criminología e incluso un poema dedicado a una campana. Allí están todas sus obras con las portadas todavía en blanco y negro.

"El éxito sólo antecede al trabajo en el diccionario" este aforismo y miles de formulaciones similares son anónimas, tal vez porque es algo que todos sabemos, pertenecen a nuestro acervo cultural, al espíritu del pueblo, cualquiera que sea este último. Son recetas que almacenamos.

Si a los artistas que habitaban las buhardillas, según el cliché, una suerte de magia finisecular, tantas veces invocada por ellos, les permitiera el regreso, la mayoría no se encontraría en las estanterías actuales ni en los catálogos de exposiciones y subastas.

Una ausencia equivalente a la inexistencia absoluta: emerger de la nada para volver a sumergirse en ella. Sin dejar flotando ni una línea, un papel o imagen que los refiriera. Tantas quimeras e insomnios en torno al quehacer creativo para diluirse de la misma manera inevitable que cualquier otro ser vivo.

A muchos de ellos les anegaría la desolación en ese no lugar fantasmagórico, porque no soportarían convivir con la certeza de que sus obras nunca se convertirían en emblemas de ninguna ciudad, ni se reproducirían hasta el infinito sobre la superficie de carteles inmediatamente reconocibles, ni sus versos tomarían los muros, ni los aliviarían parasoles de pestañas, ni se replicarían sus esculturas, ni tampoco su música alcanzaría jamás el parnaso del metro.

De la languidez de aquellos artistas se culpaba al *spleen*, al *surmenage*, a la melancolía, como resultado de la incapacidad de enfrentarse a la realidad, como si esta fuera un enemigo. La enfermedad se volvía incurable en muchos de ellos, al constatar que, además de no conseguir zafarse del anonimato, otros sí que triunfaban con no más talento, ingenio, audacia ni dominio de la técnica. Tal vez a los primeros les faltaba el azar propicio, la persistencia, la pasión o cualquier otro ingrediente, y tal vez también, la mudanza del tiempo nos haya privado de obras impactantes.

Pero por si a alguno de nosotros nos sucede esto, que reaparecemos como por ensalmo en el siglo XXII o en los sucesivos, mediante la reencarnación, el teletransporte, los viajes astrales, australes o cualquier otro sistema, artilugio (o *gadget*) aún por inventar, hay que prever esa desazón y comenzar a preparar el equipaje inmediatamente.

El 7 de diciembre de 2010, Mario Vargas Llosa leyó su discurso *Elogio de la lectura y la ficción* en Estocolmo con motivo de recibir el que tal vez sea el máximo galardón literario. En ese texto tuvo un recuerdo para sus "colegas desafortunados", los llamó exactamente así, con esas dos palabras y los describió a continuación como "los escritores sin suerte, sin editores, ni premios, ni lectores, cuyo talento acaso –triste consuelo– descubriría algún día la posteridad."

Mientras escribo esto, le entregan a Ana María Matute el Premio Cervantes, es la tercera mujer en obtenerlo, se ha repetido hasta la saciedad: junto a Dulce María Loynaz y Rosa Chacel, pero no se tiene en cuenta que sólo las separan tres cifras del número de alienígenas que lo han recibido. Por tanto, están en aritmética, más cerca de ellos que de

sus congéneres. Algún día estas insólitas situaciones y muchas más serán anécdotas inverosímiles que habrá que demostrar con pruebas bibliográficas.

La escritora dice ahora mismo: “si en algún momento tropiezan con una historia, o con alguna de las criaturas que transmiten mis libros, por favor créanselas. Créanselas porque me las he inventado”.

Cuando Ana María Matute estuvo en Castellón en enero de este año, con el teatro Principal aplaudiéndole en pie, contó que cuando no era tan reconocida le cortaron la luz nada más terminar de escribir el libro *Luciérnaga*. Si sólo fuera literatura sería un paradoja.

El día 18 de abril de 2011 nos visitó en el Fórum de la Fnac de Valencia un editor madrileño, Mariano Vega. Lanzó un desafío a los asistentes, miembros muchos de ellos del taller de escritura creativa que junto a Juan Luis Bedins, allí dirijo. El dueño de Talentura, antes Editores Policarbonados, dijo que un verdadero escritor se descubre cuando, ante la pregunta de si seguiría escribiendo a pesar de saber que nunca vería nada suyo publicado, persiste. Todos asentimos, advertidos además sobre determinadas empresas que juegan a menudo, es decir, siempre que pueden y sin escrúpulos, con los anhelos de personas en muchas ocasiones frágiles y desprotegidas como somos quienes escribimos.

Este es el *modus operandi*: ante la propuesta (archivo pdf o similar, incluso un mal llamado manuscrito impreso tridimensionalmente) de un autor, en adelante el incauto o ingenuo, y siempre desconocido, los capciosos le responden con un correo electrónico e incluso carta tradicional si aún es analógico, porque la apuesta vale el sello, que consiste en un escrito entusiasta, elogioso, motivador, ilusionante en términos de agradecimiento, descubrimiento y más *mientos* porque esa misma misiva la han mandado antes a muchos; es lo que se conoce como una carta tipo y sus aproximadas diez líneas, como sucede con otros decálogos, se resumen en una: "dame 3.000 euros y te publico tu magnífica obra" como mensaje, aunque menos directo y más elaborado retóricamente.

Con unos mínimos conocimientos, y no miento, del sector de las artes gráficas, cualquiera sabe que ese es el precio por el que aproximadamente

300 ejemplares pueden salir a la luz con suerte, y la invoco porque en la mayoría de ocasiones de la supuesta tirada sólo (con acento porque soy objetora de cierta norma que pretende eliminarlo de este adverbio) se imprimen los libros que contiene la caja que el autor, arriba ya calificado, recibe en su domicilio -si aún lo conserva-.

Una nueva inmersión en la zona fantasma porque se trata de ejemplares que muchas veces rozan la inexistencia.

Otra alternativa de destino para muchas publicaciones son los archivos y demás dependencias institucionales, a menudo en sótanos, lo que al menos convierte sus fondos en literatura *underground*.

Si esas obras no se airean, a pesar de lo que pueda parecer por su forma, hasta que alguien repasa con sus ojos las líneas siempre paralelas, no se convierten en libros.

Mi compañero en estas lides, Pasqual Mas i Usó con quien comparto la dirección del Taller de escritura creativa que en la Universitat Jaume I de Castellón organiza el SASC (Servei d'Activitats Socioculturals) y el SLT (Servei de Llengües i Terminologia), dice en otro lugar de este libro, (que sí lo es, porque lo lees), que quienes pertenecemos a este microcosmos llamado curso de técnicas para escribir, o sus enésimas variantes, somos héroes a nuestra manera, y lo suscribo como todo lo que él y Juan Luis Bedins dicen, porque ellos son mis *alter ego*, los profesores que amplían mis rudimentos e intuiciones en estas clases en las que mi principal papel es el de dinamizadora o como se llama ahora, *coacher*, entrenadora, dice la Wikipedia, con "el objetivo de conseguir alguna meta o desarrollar habilidades específicas" y añade como herramientas la "mayéutica, dialéctica, motivación e ironía". No sé hasta dónde es cierto en mi caso (particular), lo que sí sé es que ellos representan el *seny* y colocan siempre los puntos sobre las íes.

A ambos los conocí el mismo año, en 1987, hace... y me los traje la literatura. Pasqual Mas era mi profesor de ídem en 3º de BUP, siglas previas a la actual nomenclatura deíctica de la ESO. Después fui lectora de sus novelas, muchas de ellas laureadas; el Baltasar Porcel ha sido el último premio conseguido, pero sólo en el sentido de más reciente, porque sé que vendrán muchos más; los atrae a resguardo de la sombra del Fénix.

Juan Luis Bedins ha ganado también varios premios, algunos de los primeros en Segorbe, mi ciudad natal. A propósito de un "Estricto análisis de olas", el título de aquel, siguiendo con los demostrativos, poema suyo, seguimos juntos tras atravesar muchos nombres que han escrito nuestra vida: entre otros topónimos, *Cavallers de neu* y la ciudad de Tánger, a la que le otorgó las mejores líneas después de Paul Bowles y no exagero.

Y este año, José Miguel Desuárez, el editor sevillano que aparece en el pie de imprenta de *Los Relatores*, se nos unió y supe que mi alma gemela no habita en las antípodas sino en Osuna. Se nos ocurren las mismas cosas a la vez. Menos mal que ni la autoría ni los eximios *royalties* derivados de ella nos quitan el sueño. Sobre todo porque a él lo acuna la generosidad. Se desdobra en editor y autor y no está loco, sino que gana entre otros muchos el premio Tiflos con un libro de relatos titulado *Cuentismos y espejos*, que siempre es la materia que nos ocupa.

Sigue en esta vida libresca, la celebración, el disfrute de la literatura compartida con personas afines, en el baricentro exacto, donde somos a veces irremediamente bichos raros, perros verdes y mirlos blancos. Esta condición le añade otra utilidad a la escritura: servir de marca para reconocernos en nuestros semejantes con quienes siempre sumamos, a pesar y sobre todo, de las fructíferas diferencias. Somos profesores de baile, periodistas autoexiliados, princesas rusas, adolescentes, prestidigitadores, cortometrajistas, latifundistas, patinadores, publicistas, traductores, correctores, chóferes, peluqueras, consultoras, aparejadores y emparejadores, abogados, informáticos, bibliotecarios y todos, eso sí, palabristas y escuchadores.

Es casi un mantra: las mejores historias les suceden a quienes saben contarlas y no al revés, creo que dijo aproximadamente Alfredo Bryce Echenique. Porque con la lupa de la escritura y la lectura nuestros años se expanden, transitamos varias vidas a la vez, aparecemos en revistas literarias digitales e impresas. Contamos con la certeza de saber que hay alguien al otro lado, cualquiera que sea su ubicación, con quien compartir nuestras invenciones. Filtramos los textos para eliminar sus impurezas, los ajustamos mecánicamente para que circulen con energía y a su

máxima potencia y sean así capaces de alcanzar cualquier meta o nos conduzcan a través de placenteros desplazamientos de recreo.

Una vez eliminados de su armazón los arañazos ortográficos se enceran para que sobre ellos los ojos se deslicen sin interrupciones.

Nos unimos para surcar las procelosas aguas de los concursos, editoriales y demás destinos literarios. Como un taller ambulante organizamos tournées para presentar nuestros libros, convertimos en transparentes las paredes que nos acogen, conscientes de que este es el oficio menos solitario del mundo.

Los Relatores surge de tres talleres de escritura, con intención *antitópica*, poblados como dice la guionista y autora del prólogo de este libro, Verónica Segoviano, de “espías de lo inexplicable, merodeadores, espíritus inquietos, escribanos y *cinéfagos*.”

En estos entornos se trata, en suma de realizar piruetas verbales de dificultad creciente con red, porque la conexión *on line* permite saltos elásticos y estéticos pero sin arriesgar, por primera vez en todos los siglos.

Aconsejamos frotarse las manos con magnesio o talco y balancearse, disfrutar del vértigo, atisbar los perfiles desde el columpio pero sin peligro. Adherirse a la idea para no traicionarla y plasmarla con exactitud. Conseguimos un buen aspecto general, saludable al menos.

La intención de todo buen texto es que pueda recorrerse completamente a través de simas helicoidales que mezan al lector y lo salvaguarden de la cotidianidad, al menos durante esos breves instantes de entrega.

Todo eso y más es nuestro bagaje, el conjuro para saber que todo ha tenido sentido, que no hemos derrochado nuestra vida porque gracias a la literatura abierta en sus dos páginas: la escritura y la lectura, no nos hemos aburrido.

Una confesión para terminar: el primer libro que escribí con voluntad de que lo fuera se tituló *Tinta Universal*. Creció mientras yo estudiaba la poética de los cancioneros del siglo XV con estructuras prefijadas: el

retrato de la amada, el desengaño, los remedios... Me planteé como divertimento emular aquella retórica, aunque me faltaba el motivo u objeto principal porque no estaba enamorada. El reto consistió en inventarme esa pasión, el arrebato, la locura y que pareciera real, sincera.

Ahora, más de veinte años después aquellos versos repartidos en más de setenta páginas ya tienen destinatario, y el prodigio consiste en que este destinatario es múltiple.

Anhelaba entonces

“arrancarme de los sueños en una piscina
desplegada y dispuesta siempre para mi invasión.
Yedra y libélulas en un huerto con almendros
y palmeras. Merodear con la vista el cielo
desde una hamaca. Una cafetería cerca,
escuchar que mis amigos triunfan y sonreír
resguardada dentro de mi biblioteca solar.”

Ahora que ya tengo todo eso, sé por fin, quién es ese destinatario múltiple de estos poemas de amor: sois vosotros, todas las personas que la literatura me ha traído, todas a las que he conocido desde que un día se me ocurrió escribir con siete años *Mi viaje en una nube*, mi primer relato, con el que se me abrió el mundo que siempre me acompaña, solaza y arropa convirtiendo mi vida en un espacio lujoso.

Por eso, si la reencarnación, el teletransporte, los viajes astrales, australes o cualquier otro sistema, artificio (o *gadget*) aún por inventar me permite contemplar desde otra dimensión estos días sabré que nada fue en vano y que los premios literarios recibidos fueron inmensas obras de arte andantes, milagros químicos con sueños, nombre y apellidos.

Gracias por permitirme caminar a hombros de gigantes.

Rosario Raro.

<http://www.rosarioraro.net>

<http://www.sansliche.com>

<http://pliegosvolantes.blogspot.com>

Cafetería del Hotel Maisonnave, Iruña.

27 de abril de 2011.

PALABRAS COMPARTIDAS: LITERATURA ENTRE AMIGOS

Por definición

Te preguntará lector quiénes son los que aquí se presentan como relatores. Como manda el diccionario:

relator, ra.

(Del lat. *relator*, *-oris*).

1. adj. Que relata (que refiere un hecho). U. t. c. s.
2. m. y f. Persona que en un congreso o asamblea hace relación de los asuntos tratados, así como de las deliberaciones y acuerdos correspondientes.
3. m. y f. En los tribunales superiores, letrado cuyo oficio es hacer relación de los autos o expedientes.
4. m. y f. *Arg.* y *Ur.* En la radio, persona que tiene a su cargo la narración de un espectáculo, generalmente deportivo.
5. m. ant. refrendario.

Ya que tengo la suerte de figurar en la nómina de los relatores, puedo aventurar una definición más apropiada a partir de la anterior:

1. m. y f. Miembro de una parentela adscrita a un nuevo modelo familiar, que carece de casa propia, pues convive de prestado en la más estricta itinerancia.
2. m. y f. Perteneiente a un linaje cuyas posesiones provienen de un taller de escritura, nunca suficientemente celebrado.
3. m. y f. pl. Colectivo abierto que profesa la publicación y, sobre todas las cosas, la amistad.

Muchos podemos leer y escribir

Muchos, no todos, somos relatores porque formamos parte de los privilegiados que han caído en ciertas zonas del mapamundi. En lugares

amables desde los que se puede acceder a un libro, convertido en objeto de consumo de masas. Un libro que tiene ya más de mercancía que de obra de arte; como la masa es también más que el público y el lector queda eclipsado por el cliente de la industria cultural vigente.

La costumbre fabril hace mucho tiempo que borra la huella de la producción, que encubre el trabajo para hacer autónomo al arte. La obra aparece así como si no hubiera sido hecha y como si cualquiera pudiera crearla. Cada vez es más posible que escribir sea un acto común, que una persona, al menos una vez en su vida, tenga su página; es decir, que se convierta en autor. Igual que antaño los textos permanecían en un cajón y hoy se guardan en “Mis documentos”, un hecho que facilita mucho las cosas. Por tanto, este libro es también un momento de gloria para esta cada vez más nutrida prole de escribientes que componemos los relatores.

La lectura y la escritura son los dos placeres supremos de un relator. Son también dos condiciones esenciales que ha de poseer. Ni la una ni la otra son la vida -un poema no llora, un cuento no sufre-, pero son la frontera desde la que la realidad cobra sentido.

LA LECTURA

La lectura y la intimidad

Empezaré por desmenuzar la primera condición que cumple un relator, la lectura. Me apoyaré para ello en un autor, Daniel Pennac, y en su obra, *Como una novela*.

Para este profesor y escritor la lectura es un acto de creación permanente, porque su paradójica virtud consiste en abstraemos del mundo real para encontrarle un sentido. En esencia, leer es un placer y es todavía mayor cuando se enmarca dentro de una prohibición. Pennac sostiene que hubo un tiempo en que leer era un acto subversivo, pues al descubrimiento de una lectura se añadía la excitación de la desobediencia familiar. Los personajes se amaban en contra de papá y mamá. Y si en lugar de lector era lectora o pertenecía a una raza o clase marginada, con mayor motivo.

Hoy el verbo leer se conjuga en imperativo. “Hay que leer, tienes que leer, debes leer”. Nuestros mayores, incluso nosotros mismos, fuimos pedagogos mientras no nos preocupamos de serlo. Hoy la pedagogía se considera algo muy importante. Y claro, los niños de ahora no sólo son hijos de sus padres, sino que también lo son de su época. Recordemos cómo nos hemos criado algunos y cómo hemos educado a nuestros hijos. Ninguno de nosotros en la etapa adolescente fuimos los clientes de nuestra sociedad. Comercial y culturalmente hablando, la nuestra era una sociedad de adultos. Ropas comunes, platos comunes, cultura común, el hermano pequeño heredaba los trajes del mayor, todos comíamos el mismo menú, la tele unía a la familia en una sola cadena y, en materia de lectura, la única preocupación de nuestros padres era colocar determinados títulos en estantes inaccesibles. En cuanto a la generación de nuestros abuelos, prohibía pura y simplemente la lectura a las chicas. Sin embargo, los adolescentes de hoy son *clientes* de pleno derecho de una sociedad que los viste, los distrae, los alimenta y los cultiva. Y subrayo la palabra cliente, no miembro.

Y ahora reparemos en una circunstancia que os sonará a todos. La vida es un obstáculo permanente para la lectura. En general, casi nadie tiene jamás tiempo para leer. Ni los pequeños ni los mayores. El tiempo para leer siempre es tiempo robado al enorme deber de vivir. Al igual que lo es el tiempo para escribir o para amar. Por eso en las grandes ciudades el transporte público se ha convertido en la mayor biblioteca del mundo. Pero si nos fijamos bien, la lectura no depende de la organización del tiempo, es, como el amor, una manera de ser. El problema no está en saber si tengo tiempo de leer o no, sino en si me regalo o no ese placer.

Para rematar los impedimentos y a decir de Paul Valery, por ahorrar tiempo, el artista actual cultiva cualquier cosa que se deje abreviar, incluyendo las narraciones.

Me interesa que nos detengamos en un hecho que es probable que os resulte familiar. ¿Por qué la mayoría de las personas dejan de leer pasada la etapa escolar?

Si nos paramos a pensar, leer, escribir, contar... son la culminación del más gigantesco viaje intelectual imaginable, ¡el paso de unos pocos garabatos a la significación más cargada de emoción! Nadie se cura de

ese viaje, nadie permanece igual, porque un autor y una lectura acaban de cambiar nuestra vida.

El hombre es un animal al que invade el amor, el miedo y la ansiedad, el desprecio, la alegría y la tristeza ahora y antes, pero cuenta con un valor añadido con respecto a, por ejemplo, un chimpancé: que es capaz de imaginar esas emociones sin causa real que las provoque. El hombre se siente solo, pero teme la intimidad. Esta paradoja está en el epicentro del sufrimiento humano. Tanto el amor, desde siempre, como el ordenador, el libro o el robot, ofrecen hoy una salida a este contrasentido: con el ser amado, el ordenador o el robot puedes estar solo, pero no sentirte solo. Así lo postula Eduardo Punset en *El viaje al amor*.

Como afirma Pennac en la obra ya citada, leer por la noche es un regreso al único paraíso que vale la pena: la intimidad. Dentro del pijama del sueño, en la frontera entre el día y la noche un padre o una madre que lee a su hijo se convierten en un cuentista que abre la puerta a las cosas imaginadas. En la infancia, hay libros que conmocionan y transforman para siempre a una persona en un lector.

Pero cuando un niño empieza a ir a la escuela, se sitúa a cien leguas de sus padres, sumido en esa soledad extraña que se llama el *esfuerzo*. Suele ser entonces cuando el adulto pone fin a sus lecturas nocturnas, abandona al niño en su dormitorio y le exige leer en la peor hora, cuando está cansado y por obligación.

Los jóvenes no aman la lectura porque les exigimos leer fuera del placer y de la intimidad. Ya no hay viaje, ni sueña con ser ubicuo, porque está atrapado en su habitación, en su clase, en su libro, en una línea, en una palabra. El libro ahora es un objeto, tinta que hay que entender, cuando una de las maravillosas trampas de la infancia es que no hay que comprender algo para emocionarse. Un niño sabe cosas que no puede explicar: le gusta, por ejemplo, ver a Caperucita y al Lobo en la cama y entiende perfectamente que lo que significa este cuento es que si no sigues el camino tal y como te lo pide tu madre, te encontrarás al Lobo y tendrás problemas. El único miedo que conoce de verdad un niño es el de los cuentos. Pero le obligamos a analizar y pasamos de ser su cuentista a ser su contable. El placer por la lectura no requiere un método, y menos uno que se convierta en un instrumento de tortura, sino inculcar

el deseo y el interés de aprender en los niños en el presente, ahora. Si padres y maestros alimentasen su entusiasmo en lugar de poner a prueba sus capacidades futuras todo sería distinto, sin exigencias, compartiendo la dicha de leer. No se trata de estampar un saber, sino ofrecer lo que sabemos y confiar en el deseo de conocer del niño.

La lectura se abandona porque los adultos confundimos escolaridad con cultura. Entonces los niños se creen negados para la lectura. El chico se imagina que «leer» es en sí un acto elitista, y se priva de libros durante toda su vida por no haber sabido hablar de ellos cuando se le pedía durante su vida escolar. Un libro no se escribe para ser comentado, sino para ser leído. Nuestro saber, nuestra escolaridad, nuestra carrera, nuestra vida social son una cosa. Nuestra intimidad de lector y nuestra cultura otra muy distinta. Olvidamos el increíble mecanismo de la intimidad, porque el libro me cuenta una historia a mí, se dirige exclusivamente a mí. El autor y yo en total silencio. Por tanto, un escritor debe ser honesto, ya que se va a adentrar en la mente, en el corazón, en la intimidad de otro.

¿Cómo es el acto de leer? La lectura exige retiro, silencio y dejar que el tiempo haga su trabajo. El lector goza de una soledad fabulosamente poblada. El encuentro con el libro supone algo extraordinario: escuchar a otra persona, el autor. Un ser a quien seguramente no conocemos, que puede que viva en otro tipo de cultura o que haya muerto hace mucho tiempo. Leer significa confraternizar con unos personajes que pueden provenir incluso del futuro. La lectura es un encuentro mágico, que no es fácil compartir con muchas de las personas que nos acompañan en nuestro viaje por la vida. Es habitual que las palabras más hermosas que hemos leído se las debamos a un ser querido. Y será a esa persona a quien primero hablemos de ellas. Quizá, justamente, porque lo típico del sentimiento, al igual que ocurre con del deseo de leer, consiste en *preferir*. Podríamos decir que estamos habitados por libros y por amigos.

Por reprimida o prohibida que sea, cualquier lectura está presidida por el *placer de leer*. Puede ser tan fuerte este placer que no tema al poder de la imagen, ni siquiera la televisiva o la virtual. Y aunque parezca que este gusto por la lectura se ha perdido, no está muy lejos. Sólo se ha extraviado. Es fácil de recuperar. Para retornar la lectura sólo necesita superar un viejo miedo: el pánico a no entender.

Basta una condición para reconciliarnos con la lectura: no pedir nada a cambio. Porque una curiosidad no se fuerza, sino que se despierta. Contar una novela puede resultar sencillo. A veces basta una pregunta. Por ejemplo, un niño pregunta a un adulto qué lee. “Vinieron las lluvias”, le contesta. El niño quiere saber si le gusta el libro y qué cuenta. El adulto le responde que está muy bien y que relata la historia de un tipo que al principio, bebe mucho whisky, y al final bebe mucha agua.

Los derechos del lector

En cuanto un libro acaba en nuestras manos, es *nuestro*. Eso significa que podemos hacer con él lo que queramos. Tanto es así que enumeraré algunos de los derechos del lector que postula Pennac:

Derecho a no leer. La libertad de escribir no puede ir acompañada del deber de leer.

Derecho a saltarnos las páginas. Y a imaginar lo que no nos ha apetecido leer.

Derecho a no terminar un libro. Los buenos libros no envejecen. Nos aguardan en los estantes y somos nosotros quienes encanecemos. Cuando nos creemos suficientemente «maduros» para leerlos, los abordamos de nuevo.

Derecho a releer. A encantarnos con lo que permanece. Igual que vemos viejas películas o escuchamos canciones antiguas.

Derecho a leer cualquier cosa. El gusto no se discute, pero toparse con un libro o saber elegir buenas obras es una suerte.

Derecho al “bovarismo”. A vivir la ficción como Madame Bovary, a la satisfacción inmediata y exclusiva de nuestras *sensaciones*, a que el cerebro confunda (por un tiempo) lo cotidiano con lo novelesco, para luego repatriarnos de nuevo a la acogedora seguridad de esa celda cotidiana llamada realidad. Es muy recomendable reconciliarse con la adolescencia: conmovérsenos de lo que fuimos riéndonos de lo que nos conmovía.

Derecho a leer en cualquier sitio. Váteres, autobuses y trenes, salas de espera pueden ser el mejor cuarto de lectura.

Derecho a hojear. Y a mojar la yema del dedo si es preciso.

Derecho a leer en voz alta. Al hacerlo los libros se abren de par en par y muchos de los que se creían excluidos de la lectura se precipitan detrás de sus palabras.

Derecho a callarnos. El hombre construye casas porque está vivo, pero escribe libros porque sabe que va a morir. Vive en grupo porque es un ser social, pero lee porque se sabe solo. La lectura es para él una compañía que no ocupa el lugar de ninguna otra, pero que ninguna otra compañía podría sustituir. Nuestras razones para leer son tan extrañas como nuestras razones para vivir. Y nadie tiene poderes para pedirnos cuentas sobre esa intimidad. Los escasos adultos que me han *dado de leer* se han borrado siempre delante de los libros y se han cuidado mucho de preguntarme qué había *entendido* en ellos. A éstos, evidentemente, era a los que hablaba de mis lecturas.

Por último, tenemos incluso derecho a alimentar nuestras chimeneas con libros en invierno, como hacía Pepe Carvalho, el imborrable detective de las novelas de Manuel Vázquez Montalbán. A algunos, por ejemplo, nos gustan de bolsillo para amortizar más aún su precio y los preferimos bien gordos por la sencilla razón de que duran más.

LA ESCRITURA

Porque fuimos excelentes lectores, aspiramos a ser dignos relatores

La segunda condición de un relator es la escritura. Muchos de nosotros nos encontramos andando la literatura al doblar la esquina, en un curso de escritura creativa. Allí se nos quitó el prurito de llamarnos escritores y llegamos a la conclusión de que de todas las maneras que existen de adquirir libros, la mejor era escribirlos nosotros. No es porque seamos pobres, sino porque a veces compramos libros que no nos gustan y, claro, no nos conformamos.

Somos relatores por una y mil razones: por conectar con otras personas, por añoranza de lo vivido, por ansias de cambio, por rescatar del olvido –tal vez algo irrelevante, de poco peso-; a veces para llenar un vacío, para sorprendernos o para ser mejores personas.

Un relator sabe que con la escritura se embarca en un extraño viaje lleno de peligros. El miedo y la incertidumbre son ingredientes básicos.

Y la palabra es la fórmula magistral, el ansiolítico que nos permite convivir con ese desasosiego, ya que no hay pena que un libro no pueda acallar, ni emoción que no pueda convocar.

El ser humano aprende con narraciones. Sostiene Carlos Ruiz Zafón, que es imposible sobrevivir en un estado prolongado de realidad. La sinceridad es una quimera, porque siempre existe una censura interna en la enunciación. Para acercarse a la verdad, algunas personas nos hacemos relatores. Sabemos que tenemos una historia y que debemos contarla bien, ser *sinceros* en la ficción, porque tenemos la responsabilidad de ofrecerle a otro una *verdad emocional*.

¿Qué requiere la escritura? Dos cosas: amor y tiempo. Ambas proporcionan sufrimiento y placer, daño y alivio a partes iguales. Porque toda la literatura, sea buena o mala, es siempre autobiográfica. Por encima de cualquier otra consideración, la escritura es emoción.

El oficio de relator

El oficio de relator es un oficio barato. Sólo necesitamos algunas herramientas sencillas, el papel y el lápiz o la pantalla y el teclado; otros aparejos que son infinitos, el espacio y el tiempo, pero igualmente módicos y, además, algunas técnicas que, según considera Walter Benjamin en *Calle de dirección única*, emparentan con la música y la composición, la arquitectura y la construcción, y con la costura, porque se teje con palabras.

Nuestro objetivo es reclutar lectores proponiendo, no cómo son las cosas, sino cómo podrían ser; capaces si conviene, de convertir la escoria en oro. Un libro es una experiencia emocional. Por tanto, para enrollar a los lectores, un relator debe ceñirse a la máxima de que lo que no emociona, no interesa.

Los relatores necesitamos concentrarnos mucho, incluso hasta el punto de exigir que no se nos moleste. Escribimos sin horario, en cualquier sitio, en cualquier circunstancia, a veces encerrados en cuartos oscuros y poco ventilados, viajando por mundos en busca de lo que está en nuestro interior.

Casi todos somos personas pacientes, vulnerables a la pereza o al temible brillo de la hoja en blanco, si no nos socorren las corazonadas

y la experiencia. En ocasiones tenemos que recurrir a temas universales, a unas pocas palabras escogidas al azar en un libro o en un diccionario, a imaginar “qué pasaría si...” para montar el andamio de una historia. Como veis, ejercicios parecidos a los que hacíamos en el *cole*.

Somos merodeadores. Paseamos, nos estiramos y volvemos a sentarnos mientras pensamos y escribimos, jugamos con los verbos, rastreamos adjetivos adecuados e hilamos con ellos relatos. Pero sobre todo, corregimos sin descanso. En la vida de un relator, el único electrodoméstico indispensable es la papelerera, que diría Eloy Tizón.

Si se quiere somos seres privilegiados a los que se permite disfrazarse para entrar en la vida de los otros. Echar mano de vidas ajenas, con respeto, pero sin sonrojo. Para que nos entendamos: pegar la oreja o mirar sin decoro, cosa que está mal vista, pero que es fundamental para el oficio. Un relator sospecha de todo y de todos, sea en el comedor o en el dormitorio. A partir de ahora, si os topáis con una persona que se fija mucho, sed comprensivos, puede tratarse de un relator en busca de ideas.

Somos enfermos crónicos. Estamos siempre atentos a cualquier indicio sospechoso de materia interesante. Contamos con un par de orejas, dos ojos, un bloc de notas y un lenguaje, que amontona información para contar la parte interesante de las venturas y desventuras de personajes exhibicionistas, que piden darse a conocer.

La sagacidad es nuestra aliada. Nuestros sentidos son capaces de enfocar algo nuevo entre lo cotidiano, algo que nadie más detecta. Podría llamarse capacidad de asombro: saber mirar y, esto es fundamental, no tener miedo de ver.

Un relator usa las historias como herramientas para la vida, ordenando el caos para permitir que el lector entienda lo que es un ser humano. Como la mente piensa narrando, los relatores eliminamos lo superfluo y nos centramos en los momentos decisivos. Veamos algunos ejemplos del material que puede atesorar un relator en su cajón: la inteligencia y el saber tienen límites, pero no la estupidez; si ofendes al hijo, ofendes al padre, por eso es bueno considerar las cosas en el orden en el que suceden; la familia es un buitre que se considera a sí misma un animal doméstico; pon en cestos separados lo que oigas de lo que veas; dañar

a un enemigo puede ser placentero, pero a un amigo se le hace daño porque es sencillo; hay quien saca la pistola cuando oye la palabra cultura; las mujeres no escriben porque no tienen una renta, pagan muy caro sacar la lengua a pasear y siempre tienen opiniones valiosas sobre otra mujer.

Los relatores ejercemos la regla dorada de la dramaturgia: aquello cuya función no es estrictamente necesaria no debe escribirse, mientras que lo que la necesidad reclama debe relatarse. Y así, nos convertimos en auténticos asesinos, capaces de pasar a cuchillo, por más que nos duela, a los personajes más queridos, a sus frases más logradas si no reman a favor de la historia que queremos narrar.

Somos artesanos que construyen personajes, voces que nos habitan, que son el escenario del éxito o del fracaso. Sacamos petróleo de los defectos y debilidades, casi nunca de las cualidades, de nuestras criaturas. Y, además, somos domadores que atan en corto a ciertos personajes peligrosos para evitar que se hagan simpáticos al lector a nuestras espaldas.

En general, el relator huye de teorías y conceptos, para aferrarse a historias y anécdotas. Los relatores hemos descubierto un arma fundamental: el cambio, porque el origen de cualquier historia es un cambio y sobre todo el hecho de que, como decía Chesterton, el mundo nunca se repone de ese cambio. Una historia existe cuando a alguien le ocurre algo que trastoca el estado de las cosas y pierde el control sobre su entorno. Entonces reacciona y procura restaurar la situación de equilibrio en la que vivía. A veces lo consigue, a veces no.

Podemos decantarnos por el ramalazo lírico, por la vía poética pura y elevada, o bien por seguir la prudente senda de la escrupulosidad en la puntuación, el estilo neutro, el esqueleto *sujeto-verbo-complemento* de la prosa, que reduce los adjetivos y se atiene a los hechos. Unos somos eruditos, -aunque las declinaciones griegas y latinas, concienzudamente aprendidas en la escuela, nos hayan abandonado con el tiempo-, otros nos aferramos a las muchas tonterías útiles que aprendimos a lo largo de la vida. Otros combinamos ambas cosas. Va en gustos.

Para ser bueno en este arte de narrar, el relator procede como el músico en busca del tono adecuado, sin despistarse del hecho de que a veces es más relevante el silencio que las palabras elocuentes, lo que no se cuenta o lo que sólo se sugiere. Tenemos dos orejas, pero sólo una boca. Por eso sabemos que es oportuno contar la mitad de lo que se oye. Además, sin diálogo pasan cosas. El barbero le preguntó a Filippo cómo quería que le recortase la barba. Filippo contestó: “En silencio”.

Hay que reconocer que somos extraños seres humanos: capaces de convertir el cotidiano blanco y negro en una variada paleta de colores, de componer un bonito cuadro con una realidad que no hemos vivido en primera persona o sugerir con palabras las incertidumbres de nuestra especie. Porque la posibilidad de elección, es justo lo que complica la vida de los hombres. Por lo tanto lo que hace un relator es plantear problemas complejos y, en lugar de resolverlos como haría alguien con sentido común, complica aún más la situación y añade sombras, porque lo que engatusa a un lector es saber cómo termina una historia. Por paradójico que parezca, un relator tiene comprobado que el conflicto rara vez surge de las cosas que valen la pena, sino de pequeños hechos en apariencia irrelevantes. Hay quien apunta que los hombres optan siempre por lo que duele menos, cuesta poco y es más cómodo. Un relator hace lo contrario. No olvidemos que la monótona felicidad mata al lector, por eso la materia de un libro es la miseria humana, la emoción. Ya lo decía Machado: “Sólo recuerdo la emoción de las cosas”.

Como si fuera un electricista, el relator es un profesional capaz de conectar con sus lectores a través del chispazo mágico y misterioso de sus emociones. Salvo ese componente de destello amoroso y artístico, lo que queda es trabajo, mucho trabajo.

Debemos ser precavidos y humildes para aceptar que, como afirma Anthony Burgess, lo escrito se puede destruir, pero no borrar. En muchos casos escribir es exponerse a fracasar, a hacer el ridículo, a que no nos entiendan o a que nos tomen por locos, a saltar sin red.

Mucha gente tiende a considerar a un relator como un alma perdida, como una baja espiritual. Ya advierte Anna Gavalda en su novela *Juntos, nada más* que, en el mundo de a pie, es muy fácil reírse de un relator:

no solemos estar buenos, ni somos fuertes, ni pendencieros; no nos atraen las liposucciones, las joyas o los cochazos; si nos quitan el libro o el *boli* de las manos nos sentimos perdidos, de hecho una de las primeras medidas de los dictadores es romper gafas y quemar libros, sale barato y evita futuros problemas. Según esta autora francesa, los relatores debemos sentirnos orgullosos de serlo, porque aunque tengamos que lidiar con este mundo, también queremos aprender, somos curiosos, atentos, nos admiramos y emocionamos, procuramos comprender cómo funcionan las cosas e intentamos irnos a dormir siendo un poco menos tontos que la víspera.

Si quieres descubrir a un relator entre la multitud, lanza una metáfora. Lo identificarás enseguida, es el tipo que se abalanza sobre ella, se apodera y no puede evitar manosearla obnubilado sacándole brillo durante horas.

Los relatores somos gente que aprende a vivir con el hecho de que nuestra profesión rara vez engorda nuestra cuenta corriente. Y debemos cuidarnos de aplazar la puñalada del éxito, para no convertirnos en personas más reconocidas, pero menos respetables.

Ante todo, y esto es imposible de disimular, los relatores somos un atajo de cobardes, porque delegamos en nuestros personajes los pecados que tenemos la prudencia de no cometer.

No obstante, somos las mismas personas que bajamos cada mañana al mundo real a vivir, como todos los demás, pues lo que de verdad firma un relator es su propia vida.

Dando ejemplo, cambiamos

En esta antología, quienes fuimos *Excelentes*, nos convertimos en *Relatores*. Respecto a la anterior, la lista de autores se ve engrosada, por buenos amigos y mejores personas, que como la otra maravillosa compañía, la de los libros, deseamos que nos acompañen y te acompañen, lector, larga y amablemente, en esta vida y en todas las otras vidas propuestas a las que te invitamos.

Lo que te espera en estas páginas es que, indiscretos, erizaremos tu dermis y excavaremos para infligir a tu corazón una estocada de emoción. Si estás encerrado, escribiremos en tus muros para robarte o restituirte el aliento, según convenga. Pondremos sonido a tu silencio, apuñalaremos tus retinas para pertrechar de color tu ceguera, insuflaremos gusto a tu paladar y olfato a tu pituitaria. Invocaremos tiempos mejores y peores, lugares comunes e ignotos. Ven y recorre nuestros senderos en busca del código que te permita conjugar con nosotros el milagro del encuentro entre voces. Las palabras no se agotan, sólo aparecen y desaparecen en los recodos de nuestras historias. Déjate llevar porque te empujamos hacia un cúmulo de narraciones. Cuando salgas de ellas, serás otro.

Verónica Segoviano Marinas

vsegoviano@gmail.com

<http://veronicasegoviano.blogspot.com/>

Nueva Zelanda, 23 de abril de 2011

CUESTIÓN DE ESTADO

Hoy en día la literatura sigue siendo una cuestión que afecta a los órganos de gobierno de las naciones. En China las autoridades han cercenado la ficción al tiempo que han recomendado inhibirse de todo aquello que hable de otros mundos, de perplejidades temporales y de escenas inverosímiles; o sea, sencillamente se han cargado de cuajo la literatura, aunque los cañonazos iban dirigidos contra el cine. El exabrupto, por desgracia, no es nuevo en esas latitudes, en las que se precian de tener entre rejas al último premio Nobel de la Paz simplemente por hablar. En Rusia no han querido quedarse atrás y piensan desterrar de los planes de enseñanza cualquier atisbo de cultura literaria a partir del próximo curso. “Necesitamos químicos, ingenieros,...” -afirman sesudamente para preguntarse después “¿Para qué necesita un químico la literatura? ¿O un ingeniero?” Y pregunto yo: ¿Es que no ven que la física y la literatura son lo mismo y que ambas necesitan visualizar el resultado antes de obtenerlo? ¿O cómo no relacionar la fracción fronteriza entre el pensamiento y la palabra, o entre la vida y la muerte, con la física cuántica? ¿No es la teoría de cuerdas una metáfora? En fin, para qué seguir.

Aquí no nos quedamos cortos. En cualquier instituto se libran luchas intestinas para conseguir que la literatura, que forma parte del temario, pueda gozar del mismo tiempo que el dedicado a la formación de las palabras y a la composición sintáctica de la lengua. Pero no, llega abril y todavía merodean los complementos directos y las subordinadas impidiendo el análisis de un solo verso de Quevedo. Se empezó por desterrar el siglo XVIII –quizá por llamarse de las Luces o de la Ilustración- y se ha acabado por dar unas pinceladas de no se sabe qué. Para más inri, desde la administración se promueven asignaturas en el bachillerato cuyo temario es íntegro de literatura, pero como no cuentan para selectividad -esa vergüenza que se hace pasar a los maestros creyéndoles incapaces de educar a sus alumnos-, pues no hay dios que las elija.

A pesar de todo hay quienes, acabados sus estudios de ingeniería, de informática, de magisterio o simplemente de bachillerato, se matriculan en talleres de escritura creativa cuyo norte es la elaboración de textos literarios comestibles. Son personas con madera de héroe capaces de plantarle cara a una educación empeñada en neutralizar todo atisbo de imaginación, que es aquello que precisamente hace avanzar a la humanidad. Estas gentes, no sin reticencia, someten sus ideas a patrones, estructuras y modelos que será bueno que abandonen una vez los sepan reconocer. Despreciar este planteamiento pedagógico es como lanzarse a la piscina sin saber nadar... y sí, algunos flotan. Los genios siempre flotan. Leo a Roberto Bolaño y en su puzle *Amberes* sale con que no hay reglas para lo nuevo, para lo que ha de ser escrito. “Díganle -dice el chileno- al estúpido de Arnold Bennet que *todas* las reglas de construcción siguen siendo válidas *sólo* para las novelas que no son copias”. Esta sería, de tomarse al pie de la letra, una buena justificación para pasar del aprendizaje en los talleres de escritura y lanzarse de cabeza a la novela que, a buen seguro, nunca alcanzará la organizada monumentalidad enciclopédica de las de Thomas Pynchon. Por otra parte, Pablo Picasso aseguraba que había invertido toda su vida para saber pintar como un niño; es decir, que reclama un estudio continuado: dominar las reglas hasta lograr una pintura –léase literatura- sin que éstas se noten. Pero ni se trata de pasar de las reglas defendiendo que el tiempo le va a enseñar a uno el camino correcto, ni de seguirlas a rajatabla y caer en el academicismo. Se trata de la conveniencia de conocer ciertas herramientas que van a facilitar la tarea, en este caso, de la escritura. Quizá por eso a las reuniones de los mencionados héroes se las llame Taller de Escritura. O sea, que conviene aprender ciertos recursos para luego, como comenta Philip Roth en una reciente entrevista en *Babelia*, liberarse de la “decorosa educación literaria”.

* * *

Entre esos utensilios hay uno especialmente sensible hoy en día. Se trata del necesario tiempo de decantación de los textos. La decantación es un método físico –otra vez la física, sí- que consiste en separar mezclas heterogéneas tras someterlas a un tiempo de reposo. De ahí que la costumbre novedosa de colgar en Internet todo aquello que destila la

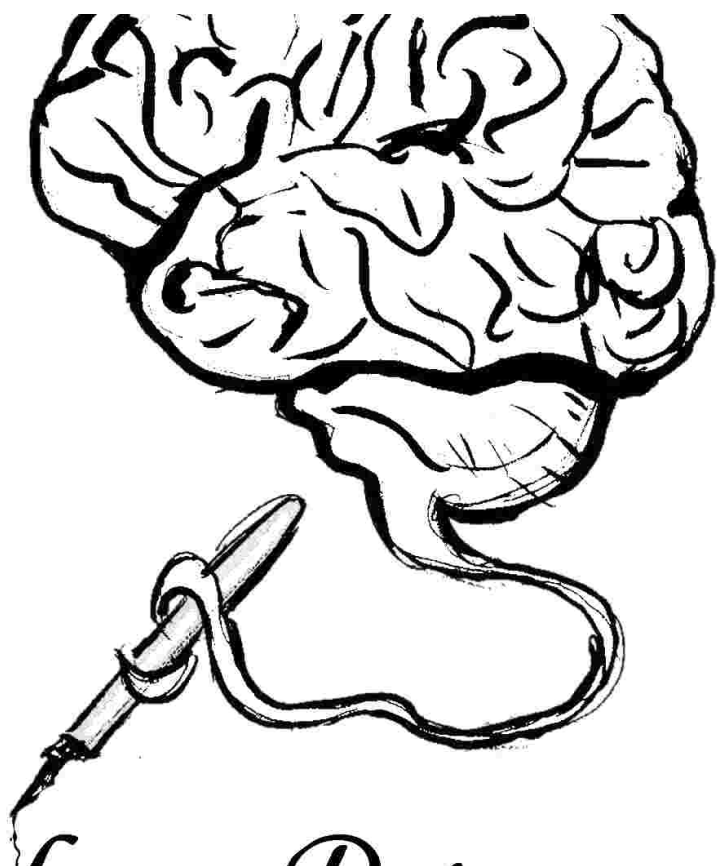
urgencia de la pluma depreda la necesaria elaboración literaria. En tiempos esta área de descanso se llamaba “cajón”; y se oía con frecuencia que a esta novela le hacía falta cajón para referirse a las prisas con las que había pasado a las letras de molde. Por otro lado, fiarse de la nube de comentarios de “amigos” y “conocidos” agregados en la red es dar crédito a voces a menudo inexpertas. Por ello, de la misma manera que uno espera ser juzgado por un juez competente, se deben exigir comentarios de lectores preparados, cuya solvencia literaria sea comprobable. No vendrá Harold Bloom a ponernos los puntos sobre las íes, pero hay que buscar con acierto entre las múltiples charlas sobre textos literarios y protoliterarios hasta encontrar algo que pueda servirnos. Y no hace falta ir muy lejos para encontrar colegas preparados con los que discutir nuestros textos; basta con recurrir a los compañeros del Taller de Escritura.

¡Ojo!, no se trata de rehuir los avances de la comunicación, pues resultan imprescindibles para llegar al posible lector, como lo demuestra la trayectoria de “excelentes” colegas -léase Raúl Ariza o Eloy Moreno. De hecho no digo que no se haya de publicar en Internet -todo lo contrario-, sino que no hay que hacerlo con precipitación, si se persigue un resultado estéticamente potable.

* * *

Quizá por todo lo comentado anteriormente, “desocupado lector” -como escribió Cervantes para abrir *El Quijote*-, es por lo que tienes en tus manos este libro compuesto con voz arborescente, con rigor maleable y con vuelo estético. Aquí dispones de miradas y voces poliédricas que se han balanceado en el fiel de la escritura, de la corrección y de la insobornable sinceridad de la literatura. Y has de saber que son fruto de un deseo decidido y constante como el de un vector que se sabe portador del ADN de la diana, un deseo empeñado en demostrar que “la tierra -como escribió Paul Éluard- es azul como una naranja”. Sigue leyendo y convéncete.

Pasqual Mas i Usó
www.escriptors.cat/autors/masusop
http://es.wikipedia.org/wiki/Pasqual_Mas



Los Relatores

Déjate llevar por la imaginación